



La Cueva de La Rocío. Hace algunos años el camino del Sacromonte era una fiesta. Bastaba una leve provocación para que los gitanos se enzarzaran a cantar y bailar en corro. Aún es posible revivir aquel tiempo alegre en algunas cuevas

DISTANCIAS CORTAS

Zambra gitana en el Sacromonte

CARMEN FERNANDEZ
FOTOGRAFÍAS: MANUEL BERLANGA

EN el Sacromonte de Granada las casas están horadadas en la tierra, se excavan hacia dentro a golpe de pico y pala, ensanchándose y modificándose según convenga. La Cueva de la Rocío ha sufrido este anárquico proceso de cambio. No en vano, hace ya casi un siglo que se abrieron sus primeros reducidos habitáculos en el corazón del monte. En ella vivían Andrés Maya y Rocío Fernández, unos gitanos con mucho arte que han dado una descendencia cuajada de artistas: cantaores, guitarristas y bailaoras de renombre. Su hija Salvadora, ahora convertida en una abuela orgullosa de su prole, me explica cómo sus progenitores decidieron montar la zambra: «mi madre era una mujer mu echá pa lante, aquí era donde estaba el dormitorio d'ellos -dice señalando los retratos en sepia de sus padres que presiden la cueva-, tiraron los tabiques y se quedó este salón grande para hacer las zambras». Desde entonces han pasado ya más de cincuenta años, y ahora en las paredes grumosas y encaladas cuelgan montones de fotografías que son como un álbum de su jugosa historia. Salvadora va de una a otra, seleccionando aquellas más recientes en las que aparecen sus hijos y nietos con poses artísticas y junto a rostros conocidos como la actriz Melanie Griffith, el astronauta Pedro Duque, los reyes de España, el Cordobés..., y la duquesa de Alba, con la que los Maya mantienen una estrecha relación.

Desde la puerta de la cueva llega el rumor excitado de los turistas, mayormente extranjeros, ávidos de presenciar el espectáculo gitano más genuino: la zambra. De nuevo son los japoneses quienes forman el grupo más numeroso, «son los más entendidos, en vé en cuando alguno da una cabezalla y le decimos ¡Venga, a dormir a Píkolín!», bromea Salvadora. Me hago un sitio entre el grupo de nipones, en una de las sillas de enea que rodean el salón en forma de tubo y cuyo techo está plagado de peroles y cacharros de cobre. Imposible la comunicación con ellos, no entienden una palabra de castellano, pero cuando las gitanas hacen su soberbia aparición en escena, con el pelo recogido en la nuca y sus ceñi-

En el suelo hay incrustado un tablao de madera

El setenta por ciento son extranjeros

dos trajes flamencos, no paran de exclamar «¡Ohte, ohte, ohte!», sonriéndose entre ellos con gestos de aprobación. En un instante se forma el lío: guitarras y palmas bullangueras que se arrancan con ímpetu por alegrías, bulerías, soleares... Parece que la cueva vaya a venirse a bajo, cuando Raquel -una de las bailaoras- hace temblar el suelo con su contundente zapateo, mientras la falda es un revuelo alocado de volantes y su cuerpo un tropel de genio y energía, tanta que el público cercano a ella se pega a la pared temiendo por su integridad física.

La Cueva de la Rocío se jacta de ofrecer en su espectáculo el baile de la boda gitana, y de tener entre sus filas a la Loles, una de las artistas granadinas con mas raza que ha rebasado ya los setenta años de edad. Cuando los novios dejan de intercambiarse amorosos taconeos y bailes, irrumpe la Loles, a modo de sacerdotisa o «juntaora», dando por buena la unión, «porque los novios ya se han casao, porque los novios ya se han casao, y a su familia ya la han coronao», canta con voz ronca mientras la jalean: «¡Venga Dolores, qu'estás mu guapa joé!» Loles dice que ella no sabe hacer otra cosa, «yo cuando niña ni fregaba, ni barria, ni ná, mis padres sólo querían que les bailara. Cuando bailo siempre estoy contenta y se me quita tó ¡Me tengo que mori bailando!», sentencia la veterana gitana. «¡Aquí no te mueras, que no quiero muertos en mi cueva!», le replica Salvadora.

Los movimientos bonachones y altaneros de Loles hacen las delicias de los japoneses, pero cuando sale la pequeña Alba -nieta de la anfitriona-, desenfundan sus cámaras fotográficas y la acribillan a flashes «¡Vamu a ve la gitanilla guapa!», le gritan los demás, mientras Alba saca todo el temperamento que ha mamado y hace una exhibición de su sentido innato del ritmo y el compás.

En el patio de la cueva esperan impacientes otros grupos de turistas, llegados en microbuses hasta el templo del arte gitano en el Sacromonte. Se ha formado un auténtico vaivén de gente: unos posan junto a las bailaoras para llevarse un recuerdo, otros se quedan extasiados con las vistas nocturnas de la Alhambra, y los artistas aprovechan para recomponerse, y así ofrecer de nuevo a los recién llegados uno de sus espectáculos más genuinos: la zambra gitana.

La "Loles" es especialista en cocan tango

La duquesa de Alba es la madrina de la niña



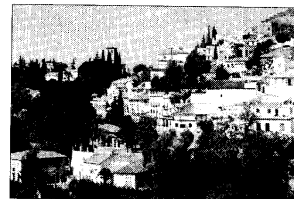
LA CUEVA DE LA ROCÍO

Zambra. La Loles, la artista más veterana que interviene en la Cueva de la Rocío. La zambra es la fiesta de los gitanos del Sacromonte. En ella se tocan, cantan y danzan bailes tradicionales como son la alboreá o la cachucha, que simbolizan momentos de la boda gitana. (958 22 71 29).



SACROMONTE

Tradición. Es el barrio gitano de Granada, a pesar de que hoy muchas de sus cuevas las habitan extranjeros. Antaño había una decena de cuevas en las que se organizaban zambras, de las que apenas han subsistido tres o cuatro. Hace seis años que reabrió la Cueva de la Rocío.



LOS MAYA

Duende. Salvadora y su nieta Alba. Ambas representan a las varias generaciones de artistas que ha dado la familia gitana de Los Maya, la mayoría de los cuales actúan en la zambra. La duquesa de Alba es la madrina artística del bailar Andrés Heredia Maya, hijo de Salvadora.

